

## "Autoevaluación"

N.B. En un mundo donde nadie es culpable y/o responsable de sus actos es irreal la pretensión de “autoevaluarse” con dignidad. Pero la dignidad no es parte del asunto. Así que para ridiculez existencial les presento esta divertidísima confesión de estado. (Junio 2004)

El concepto de una autoevaluación implica que uno tenga noción de qué se evalúa.

Sinceramente, eso no es algo que me llega naturalmente. No sé que esperaban de mí, y menos qué esperaba de mí mismo. Pero eso no es excusa.

No puedo decir que he sido el director “perfecto”. Tampoco puedo decir que no he cumplido. Considero ser “término medio”, ni muy bueno ni muy malo. Me veo más como un parcho que resuelve en lo que se reemplaza.

El profesorado, en su mayoría, por lo menos me tolera. Por lo demás, no veo remedio. El respaldo que tengo es por miedo. Miedo a que yo renuncie ya que nadie más quiere ser director. Eso sí, es fácil querer ser director mientras hay un director. Claro, ahora todos quieren dirigirme.

Todos piden favores. Todos piden tres y cuatro y cinco compensaciones. Todos piden dinero. Todos piden horarios cómodos, no entrar muy temprano, o salir muy tarde, o dar clases los viernes. Todos piden y piden y piden. Todos los problemas me llegan cuando ya es tarde. Y yo

trato de resolver. Y trato y trato y trato. Y nadie entiende que sólo puedo dar lo que tengo. Y tengo muy poco. Y siempre se quejan de que no es suficiente lo que logro hacer.

Encuentro que no tengo el espacio ni los recursos para fomentar proyectos. Todos los proyectos caen en oídos sordos. Nadie quiere ser editor de la revista. Nadie quiere hacer la semana de las humanidades. Nadie quiere ser secretario de actas. Nadie quiere hacer actividades. Que lo haga el director. Pero nadie viene cuando lo hace el director. Y si existen proyectos, no me lo avisan. Y después se molestan porque nadie va.

Tampoco he podido convencer al departamento de que actúen responsablemente y en autonomía. Todos esperan que yo convoque a reuniones. Y si convoco, se excusan porque tienen otros compromisos más importantes que una reunión del departamento. Si les indico que tienen que ir a las reuniones me acusan de persecución y salen a quejarse al decano o al rector para que me regañen.

Es mi culpa el que no hay suficiente clases. Es mi culpa cuando no hay sillas o tizas o bombillas para los proyectores. Es mi culpa cuando no hay guaguas o chóferes. Es mi culpa cuando no llegan los equipos o los suministros. Es mi culpa el que los profesores permitan sobre cupos en sus secciones. Es mi culpa cuando no permiten sobre cupos en sus secciones. Es mi culpa cuando los estudiantes no encuentran a los profesores en sus oficinas o en los salones.

No tolero las reuniones, ni los eventos. Me es incómodo estar expuesto en una multitud. Eso de estar de anfitrión o para ser parte de funciones de mucho rigor y exposición me aterroriza.

La oficina funciona. Se cumple con documentos, peticiones, cartas, evaluaciones, etc. Entiendo que esto es gracia a las secretarias sin las cuales yo estaría completamente perdido.

Tomo decisiones que no me gustan y emprendo tareas que encuentro fútiles. Tengo la puerta abierta a todos, pero todos salen corriendo. Trato de entender la burocracia institucional mientras experimento ansiedades creadas por la “flexibilidad creativa”. Trato de hacer justicia donde la palabra no tiene sentido. Trato de crear oportunidades donde no nace ni la hierba mala. Escucho a todos pero nadie me escucha. A veces duermo, a veces no. A veces como, normalmente no. Trato de sonreírle a todos y de no tirarme por el puente entre Cayey y Caguas por la frustración que siento todos los días.

Un director debería inspirar confianza y liderazgo. Yo inspiro deserción. Soy cínico, irónico, terco, fuerte, y desconfiado de todos. Soy muy exigente con los que trabajo. No espero cambiar pronto. Y ocho meses después, mis experiencias no me inspiran a hacerlo.

Este no ha sido un año fácil. Muchos cambios, muchas exigencias, muchos contratiempos, muchos problemas. Ser director implica ser objetivo y tomar muchos golpes. Es muy difícil ser objetivo cuando todo son golpes. Mi mayor logro es permanecer ocho meses después en la silla del departamento. Mi fracaso es permanecer en la silla del departamento ocho meses después. Algunos me felicitan. Otros me llaman traidor. Algunos me apoyan. A otros ni se les vé el pelo.

¿De qué vale estar tantas horas resolviendo cuando nadie te lo agradece? ¿De qué vale estar aguantando tanto cuando todos se quejan de insatisfacción? ¿De qué vale perder el sueño preocupado en el futuro de un departamento para que te insulten y desprecien? ¿De qué vale matarse complaciendo las peticiones cuando nadie te corresponde con cortesía?

En fin, no creo que esto de autoevaluarse tenga mucha importancia. No que uno no se autoevalúe, yo lo hago todos los días a todas horas, con toda decisión que tomo. Pero no creo pertinente poner por escrito lo que yo pienso, porque lo que pienso no implica el que cumpla o no cumpla con mi deber. Si no hay más remedio seguiré siendo el director del departamento. Si tienen a otro candidato, no hay documento que me “salve”. Y eso es lo peor. Que estos puestos se convierten en un “sin remedio”. Porque el ambiente es tan nocivo a la armonía y a la creatividad académica que uno pudo haber inspirado y fomentado, que se tragan a uno vivo.

Mi experiencia es que esto no es más que un ejercicio como los demás, interesante pero de poca utilidad. Porque nadie se atreve a ser sincero consigo mismo y enfrentar la dura realidad. Y usamos estos medios para defendernos cuando no hay mucho que defender. Creo que es un indicador serio del estado de decadencia ética y profesional en el que se encuentra la universidad el que uno se tenga que “autoevaluar”. Es denigrante tener que justificarse por cada decisión que uno toma porque implica que nadie te tiene confianza ni el respeto en que harás lo mejor por todos. Y lo peor es que uno mismo pierde confianza sobre todo.

Y la realidad es que a algunos les caeré bien y a otros no, no importando lo bueno o malo que realmente sea como director. Todo dependerá de si les doy o no les doy lo que quieren, y si

entienden lo que realmente uno puede hacer. ¿Que si he tratado? Sí. ¿Que si he logrado? No se. Y no me excuso.

Tampoco creo que sea justo el que uno se tenga que autoevaluar sobretodo cuando uno es el fondo del barril. Perdón, el barril no tenía fondo, por eso quedé yo. Este año ha sido muy difícil para mí por razones personales. Y los colegas no han ayudado. No pido compasión, porque no la hay. Lo que hay son intereses encontrados y la defensa de sus fincas. Siento que he perdido el tiempo tratando de resolver los problemas a aquellos que nunca agradecen el que uno trabaje largas horas, sacrificando tiempo y salud, para que ellos puedan quejarse. Y no me perdono por esto. Por estar en Cayey resolviendo mezquindades a ingratos en vez de estar donde debía haber estado ya que me impidió poder tener una última oportunidad de hacer algo. Y eso no me lo perdono.

Y si esto se pone mejor, se daña.